

Ana Alonso

Caballero superhéroe

Ilustraciones
de Lucía Serrano

ANAYA



PIZCA DE SAL

1.ª edición: marzo 2017

Dirección de la colección: Olga Escobar

© Del texto: Ana Alonso, 2017

© De las ilustraciones: Lucía Serrano, 2017

© De las fotografías de cubierta: 123RF

© De las fotografías de las fichas:

Archivo Anaya (Cosano, P.; Steel, M.)

© Grupo Anaya, S. A., 2017

Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid

www.anayainfantilyjuvenil.com

www.pizcadesal.es

e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño de cubierta:

Miguel Ángel Pacheco, Javier Serrano
y Patricia Gómez

ISBN: 978-84-698-3395-7

Depósito legal: M. 613/2017

Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas son las establecidas por la Real Academia Española en la *Ortografía de la lengua española*, publicada en 2010.

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Ana Alonso

Caballero superhéroe

Ilustraciones
de Lucía Serrano



ANAYA

*Para Javier Encina Álvarez,
que tiene el superpoder de
la imaginación, y también
el de hacerse querer.*

CAPÍTULO 1

Me llamo Lucas, soy un superhéroe, y desde hace una semana también soy un caballero. Sí, como suena: ¡un caballero medieval!

Por si no lo sabíais, ser caballero no es nada fácil. Primero, porque para eso tienes que ir a la Edad Media. Y segundo, porque te lo tienes que ganar.

Puede parecer que la segunda condición es más fácil de cumplir que la primera. Pues no: viajar al pasado es más fácil que convencer a la gente de que eres un auténtico caballero. ¡Lo digo por experiencia!

Todo empezó cuando mis amigas Natalia y Leonor, que también son superheroínas, vinieron a verme un día muy preocupadas.

—Tenemos un problema —dijo Natalia—. Mi tío Noir quiere que desaparezca la catedral. Dice

que así podría ver desde su casa el estadio de fútbol y todos los partidos. La catedral le tapa la vista.

Noir, además de ser el tío de Natalia, es un hechicero intergaláctico, y uno de los peores supervillanos de la Tierra. Yo me he tenido que enfrentar con él un montón de veces. Tiene un talento increíble para el mal, y siempre se le están ocurriendo fechorías nuevas.

—Destruir una catedral en medio de una ciudad no es tan sencillo —dije yo—. Hay mucha vigilancia.

—Claro. Por eso se le ha ocurrido otra forma mucho más retorcida de hacerla desaparecer —contestó Leonor—. ¡Va a impedir que la construyan!

Miré a Leonor como si estuviera loca.

—Pero ¿qué dices? La catedral ya está construida, ¿no se puede deshacer!

—Sí se puede —dijo Natalia—. Viajando al pasado. Y eso es justamente lo que ha hecho. Lo he leído esta mañana en su blog-diario. Se dejó el ordenador portátil encendido en la cocina y lo vi. Resulta que ha estado en la Edad Media. Ha tendido una trampa a Hugo para que parezca un ladrón y lo detengan. Ahora, como castigo, le cortarán las manos y no podrá convertirse en un maestro cantero,



ni más tarde en un maestro de obras. O sea, que cuando sea mayor no podrá construir la catedral.

—A ver si me aclaro, que no entiendo nada. Ese Hugo, ¿quién es?

—Es el maestro de obras de la catedral, lo que hoy se llama un arquitecto —explicó Leonor—. Pero Noir ha viajado a la época en la que era un niño todavía, y ha convencido al conde Brut de que Hugo le ha robado toda la miel de su castillo. La miel era muy apreciada en la Edad Media, porque era el único endulzante que conocían. Entonces no había azúcar como ahora. El caso es que el conde Brut, que es muy bruto, ha condenado a Hugo por ladrón, y lo tiene prisionero en sus mazmorras. Están esperando un día de fiesta para cortarles las manos. Si se las cortan, Hugo nunca llegará a construir la catedral.

—¿Y entonces, qué pasará? ¿La catedral se caerá? —pregunté yo, confuso.

—No —dijo Natalia con tristeza—. Será como si nunca hubiese existido. Se borrará de la ciudad, y también de nuestras mentes. ¡Debemos impedirlo!

Miré a mis amigas sin entender muy bien adónde querían ir a parar.

—Pero ¿cómo? —pregunté—. ¿Cómo podemos impedirlo?

—Tenemos que ir a la Edad Media y rescatar a Hugo antes de que le condenen—contestó Leonor con decisión—. Natalia ha conseguido las coordenadas del viaje en el tiempo de su tío. Solo tenemos que introducirlas en otra máquina del tiempo y viajar adonde él ha viajado. Noir ya ha vuelto al presente, no se enterará de nada.

—Otra máquina del tiempo —repetí, pensativo—. ¿Vosotras tenéis una?

Natalia y Leonor se miraron.

—Yo no —confesó Leonor.

—Y yo tampoco —dijo Natalia—. Podría intentar tomar prestada la de mi tío, pero, si se da cuenta, sabrá lo que tramamos y podría intervenir.

—Pues, entonces, no sé qué vamos a hacer, porque yo tampoco tengo una máquina del tiempo —dije—. Son carísimas, y muy difíciles de manejar. Solo los superhéroes de nivel nueve o superior pueden tener una.

Entonces oí el pitido de mi robot Bip, que estaba jugando con mi consola portátil.

—¿Qué pasa, Bip? —pregunté.

—Tu abuela Ruth es una superheroína de nivel diez —dijo él con su voz metálica de robot—. Seguro que sabe cómo usar una máquina del tiempo.

Me quedé pensando.

—Pero la abuela está pasando unos días en Xanadú, el *spa* para superhéroes —recordé—. ¡No es un buen momento para molestarla!

—Esto es importante, Lucas —dijo Natalia, suplicante—. ¿Tú quieres que desaparezca la catedral, con las gárgolas tan bonitas que tiene, y las torres?

—¡Y las vidrieras! —añadió Leonor—. ¡No te olvides de las vidrieras!

La verdad es que esos ventanales de mil colores me gustan mucho. Cuando me paso un rato mirándolos, me siento más ligero, y hasta mi monopatín mágico vuela mejor.

—Está bien —decidí—. Vamos a ver a la abuela, a ver qué nos dice.

Para llegar más deprisa fuimos en el Super Corsario, que es el vehículo que construimos para participar en el Gran Concurso de superhéroes del año pasado. Puede correr por las carreteras, navegar por el agua y volar en el aire. Gracias a él, atra-

vesamos los quinientos kilómetros que nos separaban del *spa* en apenas una hora.

Xanadú es un *spa* solo para superhéroes. Tiene piscinas de ácido sulfúrico para fortalecer la piel, saunas a mil grados de temperatura y baños turcos con sales de criptonita. Cuando llegamos, a mi abuela le estaban dando un masaje con barro radiactivo. Ella dice que le viene muy bien para recargar los poderes de su moño pararrayos.

—Espero que tengáis una buena razón para venir a interrumpirme en mis vacaciones —dijo al vernos.

—¿A ti te gustan las catedrales? —pregunté yo.

—A todo el mundo le gustan las catedrales —contestó la abuela Ruth—. Bueno, menos a los supervillanos, supongo... ¡Ay, espera, no me lo digas! ¿Noir quiere hacerle algo a nuestra catedral?

—Lo has adivinado —dijo Leonor, y le contó toda la historia.

Después de escuchar lo que había hecho Noir con Hugo, la abuela se quedó reflexionando un buen rato.

—Hace tiempo que no utilizo mi máquina del tiempo —dijo por fin—. Debe de estar un poco oxi-

dada. Pero con algunos retoques, creo que conseguiré que funcione. Venid conmigo, ¡enseguida!

La abuela se limpió el barro, se puso su traje de superheroína de verano y fue la primera en saltar a bordo del Super Corsario.

Cuando llegamos a su casa, nos llevó directamente al garaje. Allí, entre varios modelos de coches antiguos, una avioneta y un par de cápsulas voladoras, estaba la máquina del tiempo.

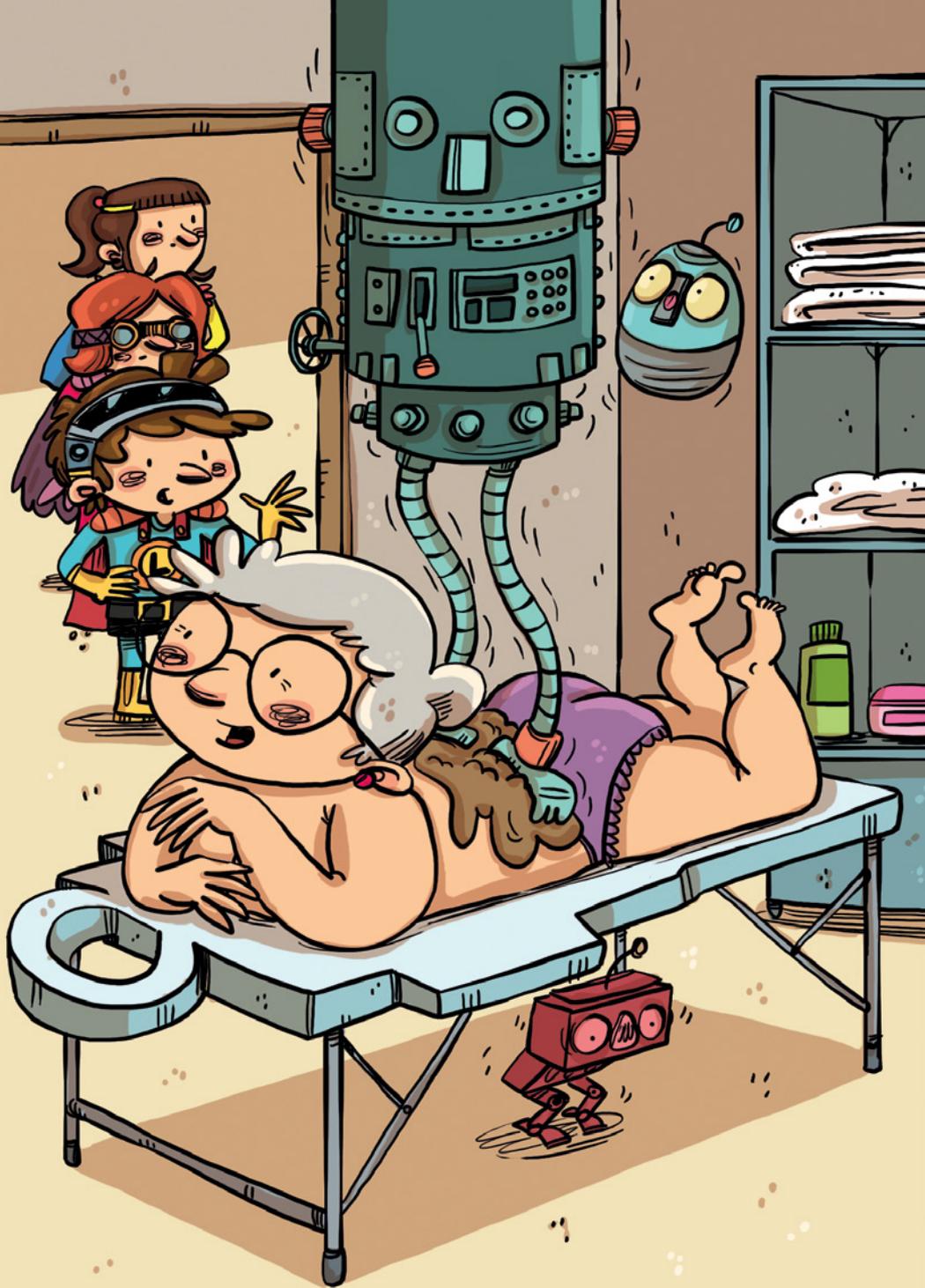
La verdad es que yo la había visto muchas veces, pero nunca le había prestado atención, porque no parecía una máquina del tiempo..., sino un carruaje antiguo, una especie de diligencia o algo así.

Natalia, Leonor y yo nos miramos decepcionados.

—Pero ¿cómo vamos a ir en «eso» a la Edad Media? —preguntó Leonor—. No tiene motor.. ¡Ni siquiera tiene caballos!

—Claro que no tiene motor —dijo la abuela—. ¿Para qué iba a servirnos un motor en la Edad Media, si no había ni gasolineras ni nada? Y sí que tiene caballos, por cierto. Caballos robóticos... Dejadme que vaya a buscarlos al desván.

La abuela subió al desván y regresó al cabo de un rato transportando con su superfuerza dos ca-



ballos robóticos enormes. Parecían bastante estropeados, y lo peor era que tenían el aspecto de caballos de tiovivo de feria.

—Esto no es serio —dije—. Abuela, de verdad, ¿no tienes otra cosa?

La abuela me miró sonriente.

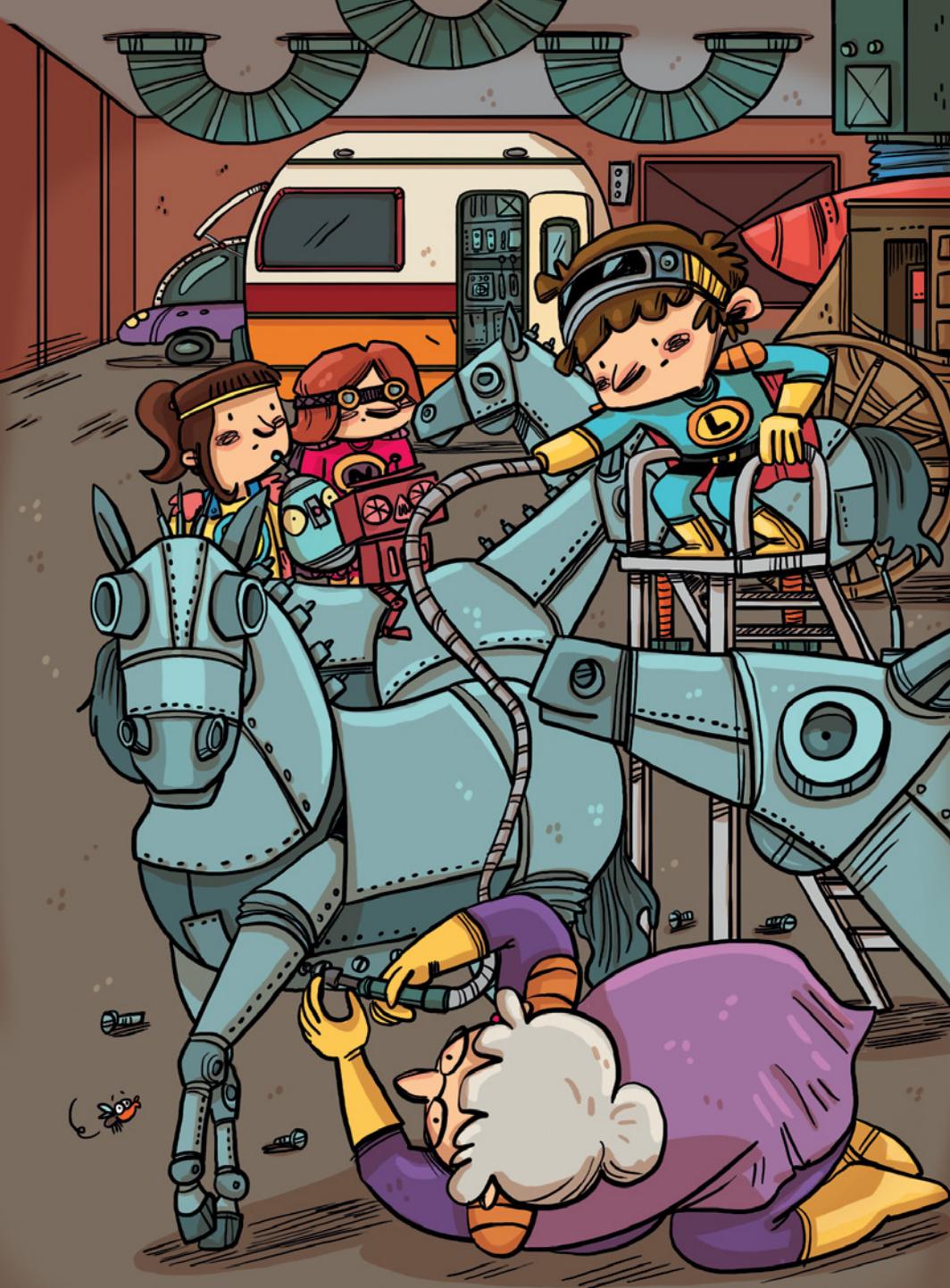
—Con un par de ajustes quedarán como nuevos. ¡Esperad un momento! Lucas, hazme el favor, pásame la llave inglesa...

Como mi brazo es una superherramienta con prestaciones de navaja suiza, lo transformé en un segundo en una llave inglesa y lo alargué para que mi abuela lo usara. Ella empezó a apretar un tornillo por aquí, un muelle por allá... Así, hasta que terminó de arreglar los dos caballos.

—Bueno, ahora solo hay que engancharlos al carruaje del tiempo —dijo—. ¡Ayudadme, chicos!

Entre Natalia y yo enganchamos uno de los caballos, mientras Leonor y la abuela enganchaban el otro. Bip y Clarissa, nuestros robots, fueron los primeros en subir al carruaje. Los demás los seguimos.

—¡Bienvenidos a bordo de la Estrella Errante!
—dijo la abuela, encaramándose al asiento del cochero, donde estaban los mandos del vehículo.



—Vaya nombre para una máquina del tiempo
—susurró Leonor.

—¡Te he oído! —dijo la abuela—. Pues a mí me parece un nombre muy bonito. Y además, lo importante es que funcione. Natalia, pásame las coordenadas del viaje de tu tío. Vamos a introducirlas... ya está. ¿Listos, chicos? Empieza la cuenta atrás: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres... dos... uno... ¡Cero! ¡El viaje acaba de empezar!

Caballero superhéroe

El superhéroe Lucas y sus amigas Natalia y Leonor viajan a la Edad Media para evitar que su archienemigo Noir lleve a cabo su última fechoría: impedir que se construya la catedral de la ciudad.

Con este libro aprenderás...

Acerca de la vida en la Edad Media y los castillos.



PIZCA DE SAL

¡Para hacer más sabrosa la lectura!

A partir de 8 años

